

Ensayo

La espléndida obra poética de Juan Ojeda Duración del oleaje

Escribe Edgar O'Hara

(Corresponsal en Austin)

Hace catorce años que Juan Ojeda —que tenía treinta— se despidió de la vida. Dejó un libro inédito (ya editado por fin) que recogía casi una veintena de poemas, todos publicados en revistas. Sobre ese libro y esa vida tratan las líneas que siguen.

Cuando uno revisa *Arte de navegar*, resulta difícil comprender qué hizo que el poeta no pudiera editarlo por su cuenta. Se trata de un libro delgado, de menos de cien páginas, cuyo eje poético es el largo poema ELOGIO DE LOS NAVEGANTES.

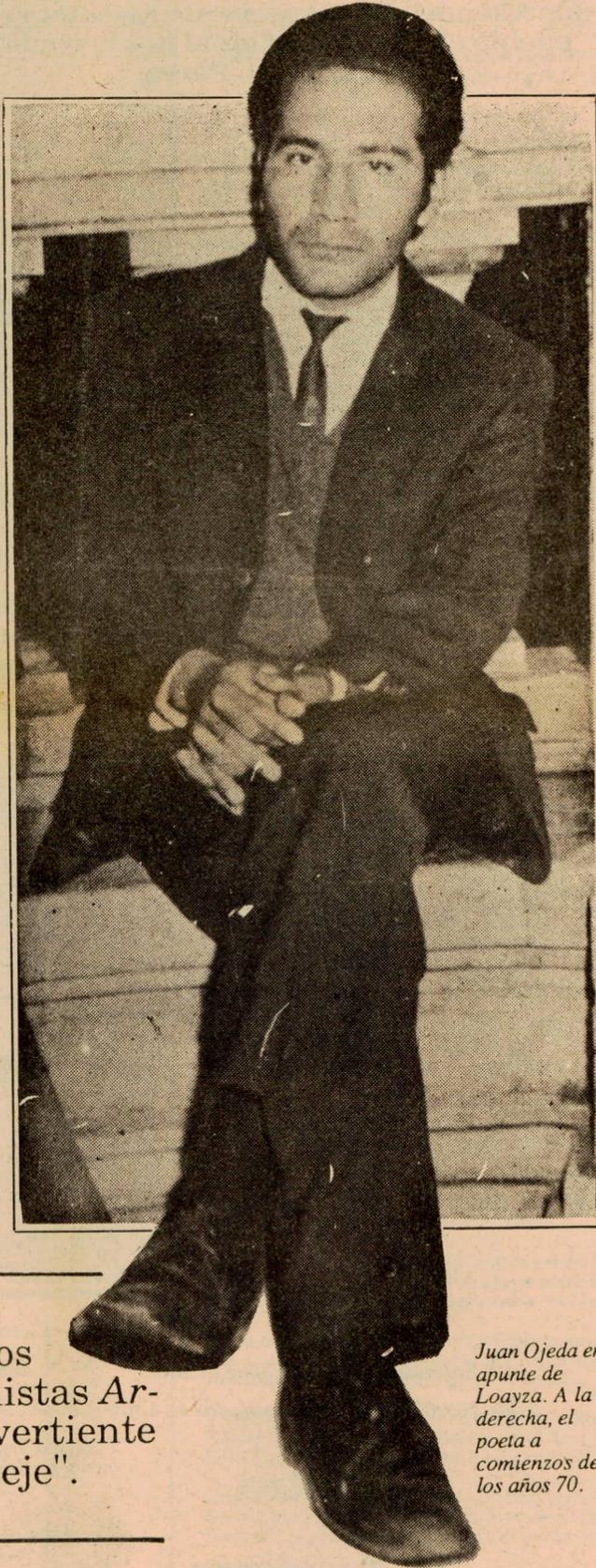
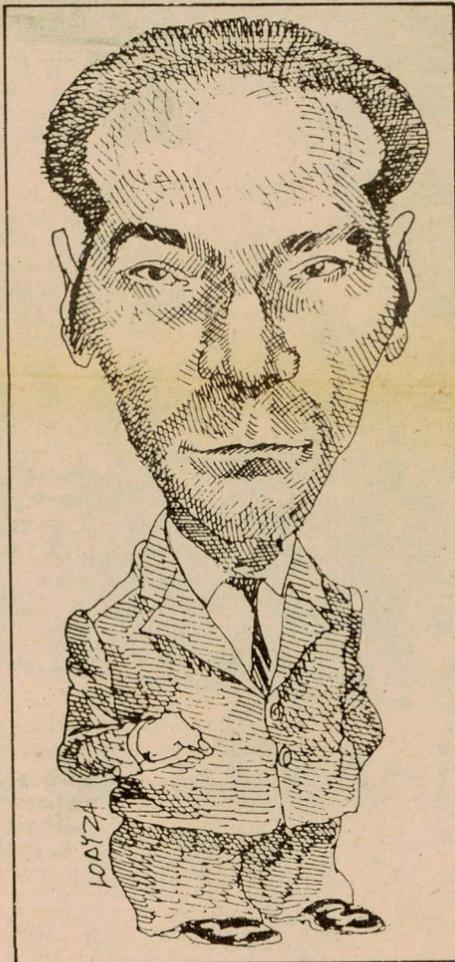
Si nos hemos de guiar por la edición de otro volumen, sobre Ojeda precisamente, cabría preguntarse por qué los colaboradores o compañeros de trabajo del poeta no pusieron el hombro antes para dar a conocer *Arte de navegar*. La pregunta es ingenua, pues probablemente sus fieles amigos quisieron ayudarlo y hasta empujaron a Ojeda en la empresa. ¿Qué ocurrió entonces? Principalmente la brusca muerte del poeta.

Pero leyendo *Arte de navegar* se podría tejer otra historia más de las trágicas relaciones de un ser humano y el lenguaje.

Es particularmente notorio el tono esperanzador —políticamente hablando— que los artículos de *El signo y las palabras* le adjudican a Ojeda, amén de las anécdotas curiosas sobre recitales en el cementerio, la azarosa vivienda universitaria y por cierto (¡cuándo no!) la conspiración de la Maligna Burguesía en la muerte de Juan Ojeda. Incluso Bobby López, que ha hecho quizás la mejor lectura de ELOGIO DE LOS NAVEGANTES, concluye su estudio con un tono parecido pese a que su advertencia es clarísima: "Ya es hora de dejar de lado su costra de maldito y quedarnos con lo que realmente nos interesa: su poesía".

Creo que *Arte de navegar* nos ofrece ahora una respuesta menos alentadora o más enigmática. El libro de Ojeda nació como tal cuando terminaba cierta esperanza en la vida del poeta. Sus poemas son el magnífico y cruento viaje de una palabra en el transcurso de su extravío. La renuncia a la cotidianidad se trocó en celebración de una poética que abruptamente corta los hilos del tiempo, la memoria y los sentidos. Navegación, ¿en qué aguas?

El caso de Ojeda y su libro tendría, pues, más de una semejanza con el libro y la vida de otro poeta de su generación: Luis Hernández. Veamos por qué.



Juan Ojeda en apunte de Loayza. A la derecha, el poeta a comienzos de los años 70.

"Fiel a la tradición de los grandes poemas simbolistas *Arte de navegar* elige la vertiente de la destrucción como eje".

ANALOGIAS

Uno de los cuadernos más conocidos y citados de Luis Hernández, "Una, impecable soledad" (1975), lleva como epígrafe los versos de SOLILOQUIO, poema de Ojeda, que aluden a la propia intención del cuaderno: "Para el que ha contemplado la duración / lo real es horrenda fábula. Sólo los / desesperados, / los

que soportan una impecable soledad / horadando las casas, podrían develar / nuestra torpe carencia / la cana sobriedad del espíritu". (En la edición de *Arte de navegar*, la palabra impecable se transforma en implacable. Errata o no, ambos vocablos tienen una misma fuerza.) Y el cuaderno de Hernández tiene esta dedicatoria: "A Juan Ojeda / a quien no conocí".

No es una mera coincidencia que el autor de *Vox horrisona* le dedicara a Juan Ojeda ese cuaderno y no otro. Allí establece, a partir de la música y los personajes Shelley Alvarez y Gran Jefe Un Lado del Cielo, una lectura del romanticismo como exacerbación de la pugna entre el tiempo y el arte, el sufrimiento y los subterfugios de la divinidad. Es lo que Ojeda llamaría la dura-

ción y el entendimiento.

En cierto modo, "Una impecable soledad" es la lectura que Hernández hace de la poesía de Ojeda. Aunque no sabemos si conocía la existencia del manuscrito de *Arte de navegar*, es decir, de la reunión de poemas ya dispuestos en el contexto y sentido de un libro, ciertamente conocía bien la obra en marcha de Ojeda por razones obvias. Pocos años antes, en 1965, ambos habían obtenido menciones honrosas en el concurso Poeta Joven del Perú.

Estos poetas construyen dos lenguajes distintos a partir de su relación (áspera) con la cotidianidad. Hernández se zambulle en ella hasta gastarla (y gastarse) casi por completo en sus palabras, siguiendo ciertos patrones del 60 como podrían ser el arte pop y el happening. Por el contrario, Ojeda necesitaba renunciar a ella porque sólo así era posible darle gravitación a una simbología de raíz romántica. Pero lo cierto es que ambas posturas, tanto zambullida como renuncia, concluyeron en un mismo final: desesperación y muerte.

LOS OLEAJES

El libro de Juan Ojeda, dividido en dos partes, organiza una sola temática cuya resonancia se extiende a todos los poemas. Del caos y la disgregación irrumpe un orden de los sentidos que se limitará a confirmar cada una de sus sospechas, saltos al vacío.

¿Qué nombra la putrefacción? A sí misma. Pues si la realidad que el poema consagra está descomponiéndose, también el lenguaje ha de participar de dicho proceso. He aquí una primera virtud de la política de Ojeda: su sinceridad. Fiel a la tradición de los grandes poemas simbolistas (sean, pues, Rilke, S. J. Perse, Claudel, Eliot) *Arte de navegar* elige la vertiente de la destrucción como eje, alrededor del cual gira el vacío de un conocimiento imposible.

No se necesitaría, entonces, un número copioso de poemas para fijar ese símbolo. Bastan unos cuantos personajes (Boecio, Swedenborg, Van Gogh, Mallarmé, Hermes Trimegisto) cuyas vidas o fantasías permiten ilustrar de modo manifiesto el sentido de un arcano: El saber. Dicen los versos de ELOGIO DE LOS NAVEGANTES: "... para urdir la realidad con nuestros brazos, / Y destrozará ideas, lo que nos lleva ahora, y encontrar, erguidos, / Las esencias, lo que entraña sernos en mares, mon-





tes, // *Húmedas raíces que nos dicen lo nuestro*.

Este conocimiento, ligado a la duración, a lo temporal, sólo podría ser capturado a través de la ruptura que el instante (suspensos los sentidos) entrega. Pero esta fulguración se reconoce ficción aun dentro del lenguaje: "Y no obstante, / sobre nobles manuscritos convertí mis ojos al sabio ejercicio, / y ahí todo era tan desolador como la misma realidad..." (CRONICA DE BOECIO).

Por eso el intento de "retener el mundo en una duración quieta" es vano. Reiteraciones, insistencias: esta poesía crece y disminuye al compás de sus preguntas y exclamaciones retóricas. A fin de cuentas, sabe que no sabe: "Pero tú yaces oculto o simulas alejarte / de lo que, en verdad, es tu único misterio: / en la innoble morada de la realidad / nutres un sentido más hondo / del que ya ha cesado todo vestigio humano" (SOLILOQUIO).

En un muro, "carente de realidad", se fusionan el tiempo (sometido a la muerte) y la ausencia de tiempo (¿eternidad?). ¿Cómo describir ese muro, esa frontera que es en definitiva el péndulo que va del dolor a lo inerte? Las palabras delatan su más ardua intuición, pero el problema subsiste: "Es un hombre hastiado de soportar el universo, / Y solloza nombrando los astrós y el caso roto de la vida" (CAPUT MORTUUM). Y se vuelve perfeccionista en su obsesión: "Yo grabo estas palabras de una época oscura" (MUTANABBI).

Pero como bien lo explica López en su estudio, la existencia de cualquier infierno se asocia a la de un paraíso. Y en el poema central del libro queda esto aclarado y se le asigna un espacio, pero anterior a la historia. Dice López: "... algo de ese paraíso perdido sobrevive: está en el cacique, en el hechicero que posee el fuego, dos personajes del poema; pero más que nada ligado a la memoria".

Pero también es cierto que ese reino del recuerdo, vale decir, la infancia, pertenece al silencio que sigue al elogio de la destrucción. La nave fuerte era un proyecto de difícil realización.

Una salida pudo haber sido el asumir las fuentes orientales del libro (el Tao, el Zen) y ensartar como perlas, una tras otra, las revelaciones de otro silencio y un viaje distinto, no a la muerte. Sin embargo el libro termina apostando por la pérdida de toda significación: "Ya sin nada que remueva un rastro en la mente / Esperas la disgregación total de la Realidad / El camino de las palabras que nada nombran" (CONFESION DE MENCIO).

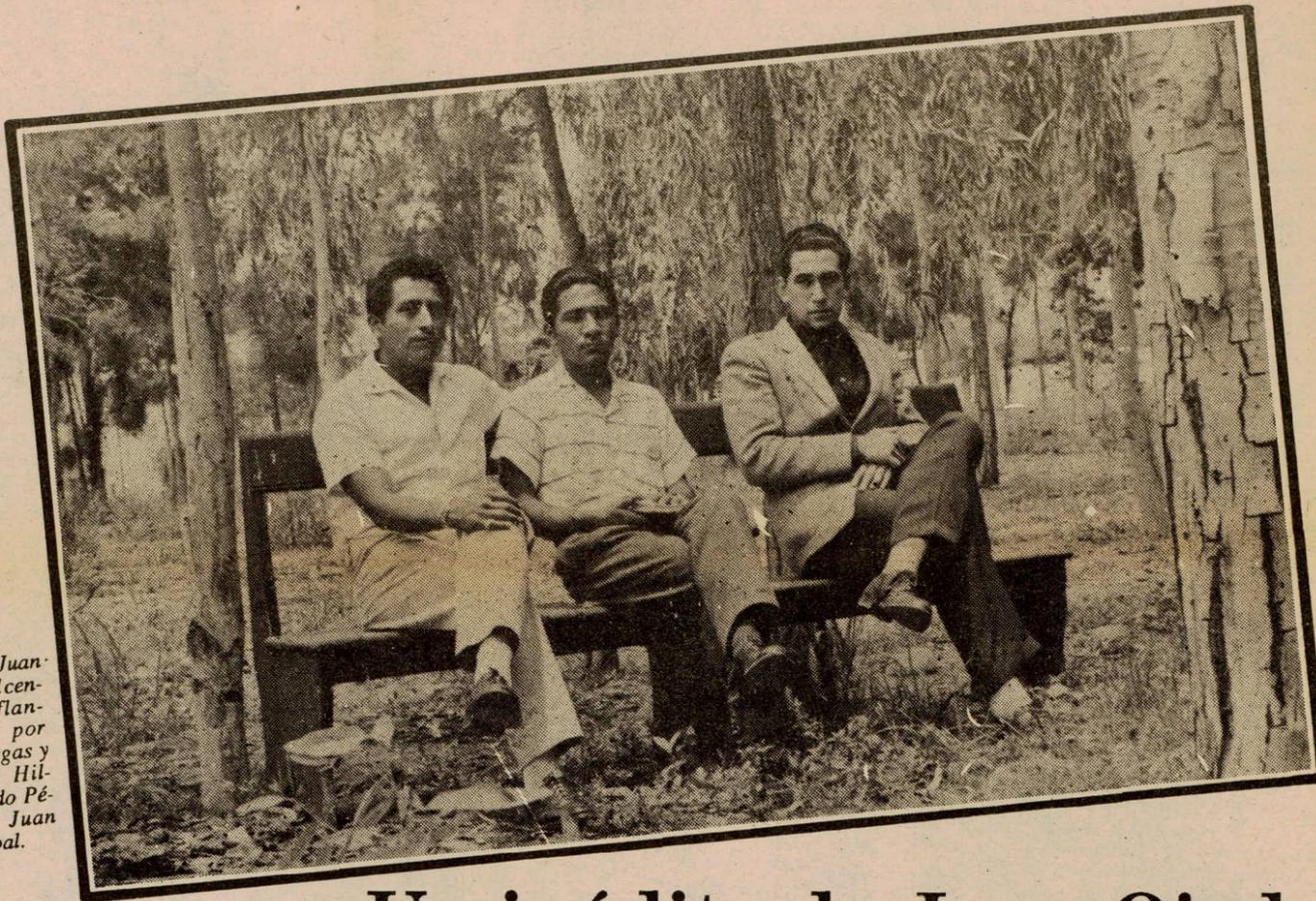
Los trayectos de este libro y la vida del autor fueron uno solo. La belleza de *Arte de navegar* consiste en prevenir a los que se embarcan e ignoran que vivirán a la deriva.

El poema que presentamos es inédito y fue el último que escribió Ojeda. La circunstancia histórica está muy presente: el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende y el consecuente asesinato de un sector del pueblo chileno. El original nos lo confió Hildebrando Pérez.

Cuando lo sorprendió la muerte el 11 de noviembre de 1974, Juan Ojeda se encontraba en la plenitud de sus facultades creativas. La bondad de su obra publicada hasta ese entonces, a pesar de su exigüidad, lo colocaba en un lugar de excepción en el contexto de la poesía peruana de las últimas décadas. Sin embargo, después de su muerte se fue convirtiendo en una leyenda creada y cultivada por la lectura de algunos po-

cos textos y por la ausencia de una edición completa y confiable de su obra que hasta hoy —más por la avaricia de quienes poseen sus originales que por la desidia de quienes estuvimos cerca del poeta— no llega a realizarse.

La poesía de Ojeda es el resultado de una inmersión lúcida y apasionada (y de algún modo trágica) en el devenir de la historia. Y, en otro sentido, el resultado de un implacable ejercicio de



El poeta Juan Ojeda (al centro), flanqueado por sus colegas y amigos Hildebrando Pérez y Juan Cristóbal.

Un inédito de Juan Ojeda

Epístola dialéctica

*A Salvador Allende, Home vivant
A las 20,000 personas asesinadas en Chile.*

Contra el fascismo latinoamericano

*Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta
EPISTOLA MORAL*

I

Hurgando las muertas sirtes del Tiempo, contemplamos
La tierra despojada como una mano de oro vacío,
Sorprendidos por el hedor de las sombras

Que intolerablemente arrastra el viento sobre nuestras cabezas.
Y en verdad, el mundo es un parloteo de bocas atrapadas,
Y hemos sido testigos del derrumbamiento del espíritu

Con una sensatez incierta, hastiados
Por el ruido pútrido de los mercaderes de la Historia,
Intentando descifrar los sueños que arroja el mar

En las playas huecas, y oprimiendo unos fragmentos inútiles.
Se desmorona el mundo en una reseca polvareda
Que infesta la memoria, ruedan los lamentos.

Ensalivados por fauces sordas como pesadillas.
Ardió la morada con olores de sebos sagrados
Y la parda corona de la cánicula cayó entre las arenas, huyeron

Las aves tímidas desovando signos de destrucción,
Y aún permanecemos esperando el nacimiento del día enclenque
Temerosos de habitar sombras disgregadas,

Repartidos nuestros alientos entre la barda del tiempo
y la inmóvil niebla de la tierra putrefactada. Avista
El curso de las estaciones con sus rebaños muertos.

Las puertas del insidioso temor destellan
Sobre el ojo cóncavo del sol, y las vastas ciudades
Engordan sus almacenes con mercaderías deshechas

En las bahías blancas por la claridad viciosa del mar
Los pescadores retiran sus redes rotas, puedes ver e
La fatiga de navegaciones sin rumbo, la cólera cayen

Como ardor desfondado en frescos orígenes,
Y el griterío en la plaza es el augurio de que las cala
Han parido una serenidad hiriente. Tiempo andrajoso

Tullida época de la depredación, rostros estériles
Por donde la caligine levanta sus hojas de polvo y pr
Los días púdreanse en el aire mineral de los despojos

Y grandes sueños fulgen en la cabeza vacía de los co
Pregonando una luz irreal, elevando las arcas inerte
De los mercaderes que inclinan sus brazos rellenos c

El mar pervierte sus labradas aguas arremolinando
Y los navegantes destruyen las embarcaciones, alist

Inédito

por la ausencia de completa y confiable que hasta hoy —más— de quienes poseen es que por la desidia estuvimos cerca del a realizarse.

a de Ojeda es el resul- inmersión lúcida y (y de algún modo el devenir de la histo- o sentido, el resulta- placable ejercicio de



eda

éctica

artidos nuestros alientos entre la barda del tiempo inmóvil niebla de la tierra putrefactada. Avistamos curso de las estaciones con sus rebaños muertos.

puertas del insidioso temor destellan re el ojo cóncavo del sol, y las vastas ciudades gordan sus almacenes con mercaderías deshechas.

las bahías blancas por la claridad viciosa del mediodía pescadores retiran sus redes rotas, puedes ver en sus rostros fatiga de navegaciones sin rumbo, la cólera cayendo

no ardor desfondado en frescos orígenes, el griterío en la plaza es el augurio de que las calamidades a parido una serenidad hiriente. Tiempo andrajoso

lida época de la depredación, rostros estériles donde la caligine levanta sus hojas de polvo y premoniciones, días púdnense en el aire mineral de los despojos

randes sueños fulgen en la cabeza vacía de los contaminados gonando una luz irreal, elevando las arcas inertes los mercaderes que inclinan sus brazos rellenos de sortijas.

mar pervierte sus labradas aguas arremolinando fucos os navegantes destruyen las embarcaciones, alistan sus garfios

Para sostener el aire quebrado, y meditan dolorosamente.

Puedes ver los maderos podridos en el centro de las plazas. Pliegos caídos de un cielo encenizado, mudos lomos De antiguas memorias ahora incomprensibles. ¡Oh Sueño muerto!

En los vestíbulos de la noche resuena el brillo de los depredadores Que ingresan danzando a las ciudades, olvidan sus armas relucientes Sobre la hierba salitrosa, y nutren sus túmulos de venta

Con edictos nuevos, con voces argentadas en predios suntuosos Donde una manada de soldados ebrios eructa Sobre el hermoso libro de las Costumbres Populares.

Esta es la noche de los infortunios, esta es la noche Que cubre las ciudades con presagios de pestes mayores Y se debe permanecer al acecho de los movimientos, atemorizados

Por quienes ahora se apoltronan en las grandes mesas de la Historia Como si las voces humanas los hubieran designado, ellos Que sólo conocen el uso de la muerte en los áridos campos

Que sólo fatigan su fervor en el polvo de la luz hueca. Tiempos en verdad imposibles, se siente un hastío de siglos Hemos descendido al cuenco de un fuego temible

la razón sobre los eventos y las crisis de la cultura y el espíritu contemporáneos y más estrechamente, sobre las estructuras mismas de la razón: "Situaría mi poesía muy cerca del mundo explorado por la metafísica, y a su manera, diría que indaga los abismos de la cultura de Occidente, cuya racionalidad me es sospechosa cuando menos. (En su poética).

Por los "temas" y la consagración de un lenguaje conceptual y

tributario de la tradición eliotiana —y en cuanto funda una ontología en sí misma— su poesía estaría más cerca a la de Martín Adán. Pero por el rigor formal y la estructuración de los textos, sólo es equiparable (en su generación) a la poesía de Hinostroza.

La prueba de que escribí "para la posteridad" es irrefutable: los más lúcidos jóvenes lo buscan y lo leen con verdadero fervor. (Cesáreo Martínez).

Tiempo de las muertes y domos desgarrados por el dolo No sabemos dónde recoge el sol sus flores de tierra Y en las casas de la palabra cuelgan ramos de sombra.

Los ríos se desploman infecundos y escarban la piedra Hasta que un lodo muy triste arrasa los campos, Huyen los días entre la inmovilidad del mundo tasajeado

Tiempo de usurpadores, época enferma, dominios depredados. Los navegantes destruyen las embarcaciones y abominan del mar Sólo resuenan murmullos pétreos, sólo desiertas cenizas

Que escarban sus vanas mercancías en un mundo yermo. Y así navegamos, guarecidos en la Noche desfleada Así deambulamos en los puertos comidos por la sanguaza marina

Sin otro sentido que mirar fijamente la descomposición Así navegamos, entre las aguas inmóviles, dijeron Mientras las olas de plata oscura lamían unos huesos reseccos

Y las piras refulgían en el aire muerto de la ciudad.

II

¿Qué alegría labra —hórrida niebla— el ojo de la usura? ¿Qué brillo los eleva ahora, Entre el polvo de sus armas pútridas?

Júbilo de sedientos cascos de yeso. Ellos convirtieron El agua en estrepitosas columnas, Para caminar por patios sonoros a mediodía

Y grietas de olvidadizas conversaciones, ruidos o tronos Donde rodaban las torpes euforias desecadas Por el graznido del tiempo, y el agua de muerte agostada.

Se untaron las cabezas con símbolos olprosos Y posefan cuerpos tan agudos como sus ojos, Hablaban del Reino y el flujo podrido laqueaba sus lenguas

Una música quebrada. Oh la alegría. Sepultando pequeños dominios frente a su casa de sombras, Y ellos apilaban los escritos estratégicos o charlaban

Tendidos en lugares demasiado perfectos. Cómo doraban sus ojos No se ha olvidado. Sólo las armas Abiertas en heridas muy vivas brillaban en los mercados,

Y pregonaban hasta altas horas con irisados plumajes Y sus vuelos medraban en los obituarios. Cómo demoraban espurias palabras, el rumor

Cuando se desmoronan las piedras de una ciudad y la alegría Desteñida en bubas sobre la bota cenagosa. Y habilitaban los recintos con astucia

Hablando rencorosamente y destruyendo los días, Luego ensangrentaban el Estadio o merodeaban En las calles con gestos desganados, hablaban siempre

De la custodia del Reino y engordaban sus arcas. Son los famosos traidores y labran aire muerto, Reventan hinchados de hedor y monedas relucientes

Y pintan sus armas con ceniza, gruesas sangres inertes Donde frotran sus ojos, áureos edictos del Miedo. Pero hay una alegría como un secreto ardor

Que ellos no conocieron, que ellos no temieron La alegría terrible de la verdadera rebelión Cuando, públicamente, les pida cuentas el Pueblo.

Ahora contemplamos las corazas de la Putrefacción Pero mira el cadáver del déspota habitado por gestos horrendos: Ya lo devoran —escoria es su Poder— las áridas aguas del Tiempo.

Noviembre de 1973
Abril de 1974

Juan Ojeda

raíces que nos

to, ligado a la
poral, sólo po-
a través de la
ante (suspens-
entrega. Pero
reconoce fic-
l lenguaje: "Y
re nobles ma-
mis ojos al
hí todo era tan
misma reali-
ADE BOE-

to de "retener
duración quie-
aciones, insis-
a crece y dis-
s de sus pre-
ciones retóri-
as, sabe que no
ces oculto o
de lo que, en
misterio: / en
de la realidad /
o más hondo /
do todo vesti-
LLOQUIO).

arente de rean-
an el tiempo
erte) y la au-
(eternidad?).
ese muro, esa
n definitiva el
del dolor a lo
ras delatan su
ción, pero el
: "Es un hom-
portar el uni-
nombando los
to de la vida"
JUM). Y se
sta en su obse-
stas palabras
ura" (MUTA-

en lo explica
io, la existen-
fierno se aso-
raíso. Y en el
l libro queda
le asigna un
rior a la histo-
... algo de ese
obrevive: está
hechicero que
personajes del
que nada liga-

es cierto que
erdo, vale de-
ertenece al sí-
al elogio de la
ave fuerte era
difícil realiza-

o haber sido el
orientales del
n) y ensartar
tras otra, las
ro silencio y
o a la muerte.
libro termina
érdida de toda
sin nada que
en la mente /
ación total de
mino de las pa-
a nombran"
MENCIO).

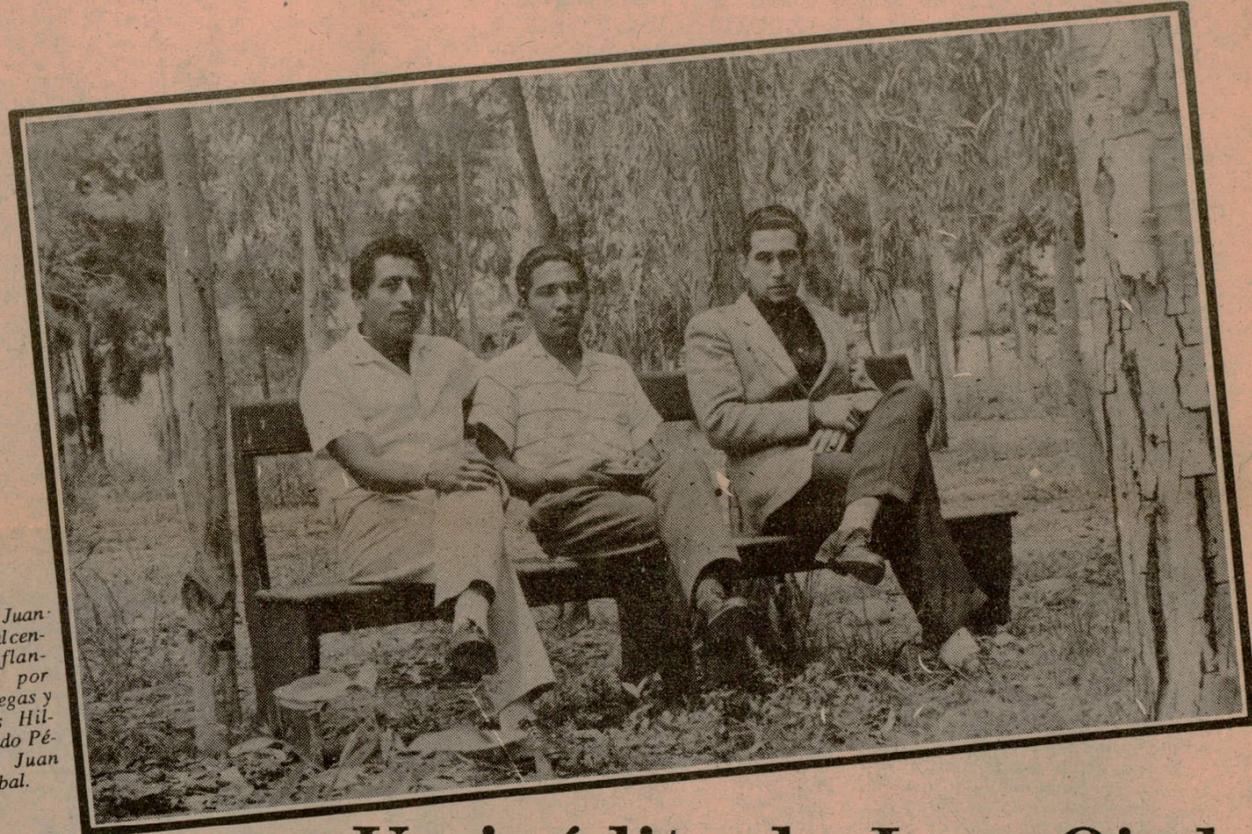
este libro y la
ron uno solo.
de navegar
ir a los que se
an que vivirán

El poema que presentamos es inédito y fue el último que escribió Ojeda. La circunstancia histórica está muy presente: el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende y el consecuente asesinato de un sector del pueblo chileno. El original nos lo confió Hildebrando Pérez.

Cuando lo sorprendió la muerte el 11 de noviembre de 1974, Juan Ojeda se encontraba en la plenitud de sus facultades creativas. La bondad de su obra publicada hasta ese entonces, a pesar de su exigüidad, lo colocaba en un lugar de excepción en el contexto de la poesía peruana de las últimas décadas. Sin embargo, después de su muerte se fue convirtiendo en una leyenda creada y cultivada por la lectura de algunos po-

cos textos y por la ausencia de una edición completa y confiable de su obra que hasta hoy —más por la avaricia de quienes poseen sus originales que por la desidia de quienes estuvimos cerca del poeta— no llega a realizarse.

La poesía de Ojeda es el resultado de una inmersión lúcida y apasionada (y de algún modo trágica) en el devenir de la historia. Y, en otro sentido, el resultado de un implacable ejercicio de



El poeta Juan Ojeda (al centro), flanqueado por sus colegas y amigos Hildebrando Pérez y Juan Cristóbal.

Un inédito de Juan Ojeda

Epístola dialéctica



la razón sobre los eventos y las crisis de la cultura y el espíritu contemporáneos y más estrechamente, sobre las estructuras mismas de la razón: "Situaria mi poesía muy cerca del mundo explorado por la metafísica, y a su manera, diría que indaga los abismos de la cultura de Occidente, cuya racionalidad me es sospechosa cuando menos. (En su poética).
Por los "temas" y la consagración de un lenguaje conceptual y

Tiempo de las muertes y domos desgarradas
No sabemos dónde recoge el sol sus flores
Y en las casas de la palabra cuelgan raras
Los ríos se desploman infecundos y escapan
Hasta que un lodo muy triste arrasa los
Huyen los días entre la inmovilidad del

Tiempo de usurpadores, época enferma,
Los navegantes destruyen las embarcaciones
Sólo resuenan murmullos péticos, sólo el

Que escarban sus vanas mercancías en tu
Y así navegamos, guarecidos en la Noche
Así deambulamos en los puertos comidos

Sin otro sentido que mirar fijamente la c
Así navegamos, entre las aguas inmóviles
Mientras las olas de plata oscura lamfan

Y las piras refulgían en el aire muerto de

II

¿Qué alegría labra —horrída niebla— el ojo
¿Qué brillo los eleva ahora,
Entre el polvo de sus armas pútridas?

Júbilo de sedientos cascos de yeso. Ellos
El agua en estrepitosas columnas,
Para caminar por patios sonoros a medio

Y grietas de olvidadizas conversaciones,
Donde rodaban las torpes euforias desecadas
Por el graznido del tiempo, y el agua de m

Se untaron las cabezas con símbolos olgor
Y poseían cuerpos tan agudos como sus o
Hablaban del Reino y el flujo podrido laq

Una música quebrada. Oh la alegría
Sepultando pequeños dominios frente a s
Y ellos apilaban los escritos estratégicos

Tendidos en lugares demasiado perfectos
No se ha olvidado. Sólo las armas
Abiertas en heridas muy vivas brillaban

Y pregonaban hasta altas horas con irisa
Que ingresan danzando a las ciudades, olvidan sus armas relucientes
Cómo demoraban espurias palabras, el ru

Cuando se desmoronan las piedras de un
Desteñida en bubas sobre la bota cenagos
Y habilitaban los recintos con astucia

Hablando rencorosamente y destruyendo
Luego ensangrentaban el Estadio o mero
En las calles con gestos desganados, habl

De la custodia del Reino y engordaban su
Son los famosos traidores y labran aire m
Revientan hinchados de hedor y monedas

Y pintan sus armas con ceniza, gruesas su
Donde frotan sus ojos, áureos edictos del
Pero hay una alegría como un secreto ard

Que ellos no conocieron, que ellos no temi
La alegría terrible de la verdadera rebeli
Cuando, públicamente, les pida cuentas e

Ahora contemplamos las corazas de la Pu
Pero mira el cadáver del déspota habitado
Ya lo devoran —escoria es su Poder— las ár

Noviembre de 1973
Abril de 1974

juan

A Salvador Allende, Home vivant
A las 20,000 personas asesinadas en Chile.

Contra el fascismo latinoamericano

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.
EPISTOLA MORAL

I

Hurgando las muertas sirtes del Tiempo, contemplamos
La tierra despojada como una mano de oro vacío,
Sorprendidos por el hedor de las sombras

Que intolerablemente arrastra el viento sobre nuestras cabezas.
Y en verdad, el mundo es un parloteo de bocas atrapadas,
Y hemos sido testigos del derrumbamiento del espíritu

Con una sensatez incierta, hastiados
Por el ruido pútrido de los mercaderes de la Historia,
Intentando descifrar los sueños que arroja el mar

En las playas huecas, y oprimiendo unos fragmentos inútiles.
Se desmorona el mundo en una resaca polvareda
Que infesta la memoria, ruedan los lamentos.

Ensalivados por fauces sordas como pesadillas.
Ardió la morada con olores de sebos sagrados
Y la parda corona de la canícula cayó entre las arenas, huyeron

Las aves tímidas desovando signos de destrucción,
Y aún permanecemos esperando el nacimiento del día enclenque
Temerosos de habitar sombras disgregadas,

Repartidos nuestros alientos entre la barda del tiempo
y la inmóvil niebla de la tierra putrefactada. Avistamos
El curso de las estaciones con sus rebaños muertos.

Las puertas del insidioso temor destellan
Sobre el ojo cóncavo del sol, y las vastas ciudades
Engordan sus almacenes con mercaderías deshechas.

En las bahías blancas por la claridad viciosa del mediodía
Los pescadores retiran sus redes rotas, puedes ver en sus rostros
La fatiga de navegaciones sin rumbo, la cólera cayendo

Como ardor desfondado en frescos orígenes,
Y el griterío en la plaza es el augurio de que las calamidades
Han partido una serenidad hiriente. Tiempo andrajoso

Tullida época de la depredación, rostros estériles
Por donde la caligine levanta sus hojas de polvo y premoniciones,
Los días pudriéndose en el aire mineral de los despojos

Y grandes sueños fulgen en la cabeza vacía de los contaminados
Pregonando una luz irreal, elevando las arcas inertes
De los mercaderes que inclinan sus brazos rellenos de sortijas.

El mar pervierte sus labradas aguas arremolinando fucos
Y los navegantes destruyen las embarcaciones, alistan sus garfios

Para sostener el aire quebrado, y meditan dolorosamente.

Puedes ver los maderos podridos en el centro de las plazas.
Pliegos caídos de un cielo encenizado, mudos lomos
De antiguas memorias ahora incomprensibles. ¡Oh Sueño muerto!

En los vestíbulos de la noche resuena el brillo de los depredadores
Que ingresan danzando a las ciudades, olvidan sus armas relucientes
Sobre la hierba salitrosa, y nutren sus tímidos de venta

Con edictos nuevos, con voces argentadas en predios suntuosos
Donde una manada de soldados ebrios eructa
Sobre el hermoso libro de las Costumbres Populares.

Esta es la noche de los infortunios, esta es la noche
Que cubre las ciudades con presagios de pestes mayores
Y se debe permanecer al acecho de los movimientos, atemorizados

Por quienes ahora se apoltronan en las grandes mesas de la Historia
Como si las voces humanas los hubieran designado, ellos
Que sólo conocen el uso de la muerte en los áridos campos

Que sólo fatigan su fervor en el polvo de la luz hueca.
Tiempos en verdad imposibles, se siente un hastío de siglos
Hemos descendido al cuenco de un fuego temible